sino que procurarán abrirle nuevos horizontes e informarle sobre lo que pasa en su casa.

El cine político no es sólo unas películas, sino un trabajo común que se va aclarando y perfilando conjuntamente sobre la marcha.

Ahora nos llega a España una de las últimas películas de la serie. Desconocemos el trabajo anterior del propio Damiani y de sus compañeros, en este sentido, pero «Confesiones de un comisario» es suficientemente clara para indicarnos cómo es el cine que generalmente no vemos, y que, como salta a la vista, está muy lejos de la cacareada pornografía.

El mosaico que Damiani muestra en su película, y que tiene como principal objetivo el de denunciar la complicada red de oscurantismo del poder y el alto nivel de corrupción de la Administración, está creado a partir de un excelente guión, muy complejo, en el que las situaciones se entremezclan de manera sorprendente, eliminando cualquier minuto de respiro en el espectador. Continuamente se están descubriendo nuevos datos, y el final de la película no es más que un nuevo interrogante que se abre ante la sospecha de que incluso la ficción inventada en la película no podrá ser resuelta con la ingenuidad de un joven magistrado que cree que las leyes pueden atacar a los que —en la situación de la película— las inventaron.

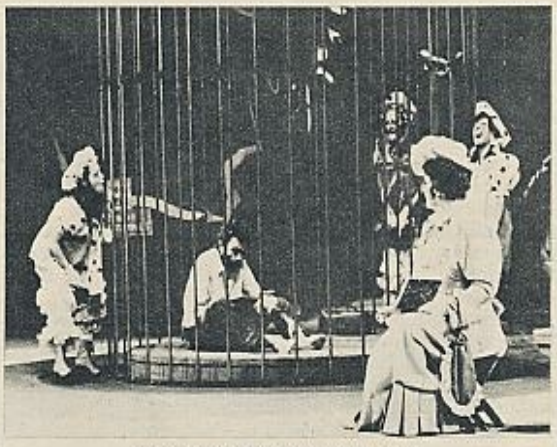
Damiani, que no pierde el hilo de su narración policíaca —de clásico «thriller» americano—, plantea al mismo tiempo varios niveles narrativos. Uno de ellos, posiblemente el más importante, es el de la conducta personal de los dos policías, que se enfrentan de muy diferente manera ante lo que van descubriendo. El comisario que lleva ya diez años intentando desenmascarar a los asesinos (altos cargos en la Administración) y se ve impotente para conseguirlo, y que se plantea la posibilidad de que alguna de las leyes que él defiende por su profesión pueda permitir lo injusto en un momento dado (policía que acabará tomando la justicia por su mano para liberarse así «de diez años de vergüenza»), y el que considera que solamente la vía legal podrá permitir el desenlace feliz de la situación, porque cree que una postura individualista, como la del comisario, no solucionará jamás ningún problema...

En ocasiones, quizá el excesivamente complicado engranaje de las situaciones pueda hacer pensar que en la película de Damiani se encuentran resumidas muchas posibles películas, pero, por otro lado —y a juzgar sobre todo por los aplausos del público madrileño al acabar cualquiera de las proyecciones—, precisamente esa complicación argumental defina mejor que cualquier otro medio el de la confusión, la violencia y la fuerza de los asesinos de la película. La evidente complicación de las situaciones impide en algún momento una sutileza excesiva, con lo que puede pensarse que «Confesiones de un comisario» cae o está a punto de caer en inevitables contradicciones consigo misma, pero es conveniente no olvidar que el trabajo de Damiani no es más que un paso más en una cadena de películas que están interesando ampliamente en el país de origen, aunque no en él sólo, pues, como se recordará, el último Festival de Cannes premiaba dos títulos italianos de la misma línea que este que se nos ofrece hoy. Dado que esta proyección es bastante insólita y se trata de un cine no realizable en España, parece obligada su recomendación, al margen de que el film en sí la merezca totalmente. ■ **DIEGO GALAN.**

TEATRO

«La jaula»

Es el primer espectáculo que he visto en Madrid después de un mes de ausencia. Me habían llegado buenas referencias y sabía que la mayor parte de las críticas habían sido excelentes. El autor, con quien hablé antes de la representación, me pareció un hombre modesto, nada deformado por los elogios, con ganas de aprender y abrirse serenamente camino. Entré en el María Guerrero con la mejor disposición, y a los pocos minutos de la representación me encontré dándole vueltas a la vieja cuestión. La cuestión que hace tan dolorosa y difícil cualquier labor crítica en nuestro país.



«La jaula», de Fernando Dicenta.

Traía, muy frescos aún en la memoria, los recuerdos de una serie de espectáculos vistos en Belgrado y en Venecia. Recordaba, sobre todo, el luminoso Shakespeare de Brook —visto tres noches antes—, con la escena de la Fenice convertida en un circo fabuloso. Entre el circo y el parque zoológico de «La jaula» establecía yo una serie de teóricas afinidades. Eran realidades un tanto feéricas, que podían encubrir, por supuesto, tragedias espeluznantes.

Me chocó en seguida el carácter sombrón del espectáculo, me horroricé ante los niños y niñas interpretados por adultos que gesticulaban como retrasados mentales. Respiré esa falta de aire, de imaginación y de vitalidad que ahoga incluso textos tan abiertos como el que nos ocupa.

Un profesor decide enjaularse en un parque zoológico como ejemplar del «Homo sapiens». Naturalmente, como él es profesor y los rectores del parque son gentes primarias y violentas, su superioridad se hace en seguida patente. Si añadimos un veterinario loco, un vigilante gagá y el gamberrismo de la mayor parte de los visitantes del parque, la sabiduría y la bondad del profesor se hacen casi luminosas. Pero al profesor le maltratan, y cuando quiere salir de la jaula resulta que no es posible, porque se ha perdido su expediente. El proceso de embrutecimiento se hace entonces inevitable. Quien vive en condiciones inhumanas se degrada. La tesis final no puede ser más clara: todos hemos sido enjaulados, todos estamos pidiendo solidaridad y ayuda para salir de la jaula, como la pide el desesperado profesor del parque. ¿O es que los tipos que andan por fuera de la jaula no hacen gala de una imbecilidad sólo atribuible a su inconsciente enjaulamiento?

Imposible negar la buena fe del autor y la intención ética de su obra. Imposible no agradecerle un lenguaje poco retórico y la originalidad escénica de su idea dramática. Imposible no advertir el cuidado que la puesta en escena de Vicente Amadeo ha puesto en muchos detalles. Imposible no apreciar la honestidad del trabajo del actor Juan Sala en el personaje del profesor y no celebrar la presencia de dos veteranos ilustres, Manuel Dicenta y el siempre sorprendente Manolo Díaz González. Y, sin embargo, ¿cuál es el valor real de todas esas aportaciones en el contexto teatral de nuestros días? Nuevamente el equívoco: ¿de qué contexto se habla?, ¿de la cartelera teatral madrileña o de la vida española? Porque si muchos espectáculos bien intencionados y modestos merecen el respeto al considerar las estrecheces y problemas de nuestra vida teatral, resultan a la vez dolorosamente vagos e ingenuos si nos atenemos tanto al rigor del teatro de otros lugares como a las demandas de la vida contemporánea. ¿De qué jaula, por ejemplo, habla Fernando Dicenta, el autor de la obra estrenada? ¿Tiene sentido decir que todos estamos enjaulados? ¿Los españoles igual que los ingleses o los suecos? ¿Los pobres igual que los ricos? ¿Contra qué enjauladores vamos a luchar, si la jaula aparece poco menos que como una expresión de la condición humana? ¿Quiénes y qué mecanismos enjaulan? ¿A quiénes y por qué?

Ya que en el caso de no abordar dramáticamente todo ese cuestionario, la obra se queda en reflexión moral, cuya generalización contradice el grito final del personaje exigiéndole al espectador un gesto —una acción— de solidaridad libertadora.

El problema es el de siempre. Estamos ante un texto político despolitizado, ante la selva de símbolos que cada uno debe descifrar según sus necesidades; incluso ante el consabido mal de muchos, consuelo de todos y no de tontos. Con lo que, en definitiva, pudiéndolo ser en potencia, «La jaula» no queda como un ejemplo de teatro abierto, sino como una prueba más de ese «posibilismo» que constriñe y carga de prudencia la llegada a las carteleras de los nuevos autores. Y que obliga, una vez más, al crítico a manifestar ante determinados espectáculos teatrales españoles la decepción y el respeto, a menos, claro está, que pongamos nosotros cuanto el escenario se niega a poner clara o siquiera tímidamente. ■ **JOSE MONLEON.**

ARTE

La pasada semana hablaba yo del estilo gráfico de "Hermano Lobo", a propósito de la exposición que sus dibujantes hicieron en El Corte Inglés, de Madrid. Eso era el humor deliberado que, por supuesto, también es eso que se llama